

Ahora recuerda, no puede evitarlo. La primera vez que la vio. Su arrojó desesperado. ¿De dónde venía? ¿De qué secreto manantial se nutría aquella furia que le hizo preparar una pequeña maleta, coger el abrigo y apoyarse en el mostrador del aeropuerto con la secreta determinación de no moverse de allí hasta que pudiera conseguir un billete con destino a Viena?

En el bolsillo llevaba el programa que había sacado de Internet. Lo leyó una vez más, mientras la azafata hacía un montón de maniobras explicando dónde estaban las puertas de emergencia y las máscaras de oxígeno. *Akiko Onishi y Ricardo Betancourt, un dúo de excepción en la Konzerthaus de Viena*. No podía entenderlo. ¿Qué hacía su marido tocando a dúo con una pianista japonesa totalmente desconocida? ¿Por qué en Viena, la ciudad en la que Ricardo le había prometido que un día actuarían juntos? Y sobre todo, ¿por qué motivo Ricardo se lo había ocultado?

Iba a suceder. Iba a conocer la verdad. Llevaba meses aquejada de una terrible ansiedad, sabía en su fuero interno que esta vez los devaneos de su marido debían de haber llegado a un puerto distinto de los anteriores, pero tenía tanto miedo que durante un tiempo fingió que no se daba cuenta de nada, esperando quizá que pasara la tormenta, que él se cansara de esta nueva aventura, fuera la que fuera, pero al final la angustia y la indecisión fueron peores que el miedo a saber la verdad.

Había reservado precipitadamente una habitación en el hotel Ambassador, estaba un poco alejado de la sala de conciertos, pero era el hotel en el que Ricardo y ella se habían alojado en otras ocasiones. Cuando se registró, convencida de que él estaba allí, preguntó al recepcionista en qué habitación se hospedaba Ricardo Betancourt, y cuando le confirmaron que efectivamente su marido se alojaba en el Ambassador, sonrió amargamente y tratando de parecer segura de sí misma, aunque el corazón le latía con tanta fuerza que estaba a punto de

desvanecerse sobre el mostrador, quiso saber también el número de habitación de la señorita Akiko Onishi. Pero ella no estaba registrada en aquel hotel.

Y no obstante su furia y su osadía seguían adelante. Se vistió adecuadamente y recogió la entrada que, a última hora, le habían conseguido en recepción. Por algún extraño motivo que había hecho cambiar su percepción de las cosas, sintió una punzada de placer al comprobar que aún quedaban localidades sueltas para el concierto.

Se había arreglado con esmero. Un vestido de seda salvaje de color granate oscuro, unos zapatos forrados con la misma tela y un abrigo que se cerraba con un solo botón. El pelo recogido en uno de esos moños que solía improvisar con frecuencia porque sabía que le daban un aire distinguido y en el cuello el gran diamante negro de talla princesa que Ricardo le había comprado en París. Hacía frío, una pátina grisácea, como de lluvia, teñía la calle de tonos plomizos. Caminó hasta la esquina de Mahlerstrasse, contemplando indiferente los ostentosos edificios del Ring y de pronto, justo en el momento en el que un tranvía atravesaba por el fondo de la calle, se paró en seco, dio media vuelta y regresó al hotel. Tenía tiempo. Aún faltaba más de una hora para que comenzara el concierto. Volvió a entrar en el vestíbulo, ensayó una inofensiva sonrisa, y preguntó si madame Betancourt todavía estaba en su habitación. El recepcionista dudó, preguntó algo en voz baja a su compañera, y luego le informó que monsieur y madame Betancourt habían salido del hotel a media tarde.

De pronto la ansiedad se había aplacado. Lentamente caminó hacia la sala de conciertos. No podía pensar en nada, si acaso, en por qué había dicho madame Betancourt. ¿Por qué francés? Ella no hablaba francés. Los recepcionistas hablan mayoritariamente inglés.

Un poco antes de llegar a Karlsplatz, en una de las calles laterales había un pequeño letrero de neón en el que se leía la palabra hotel. Caminó hacia allí con paso decidido. Era un hotel mucho más sencillo que el Ambassador, pequeño y confortable. Pensó que debía de

haberse alojado aquí, lejos de monsieur y madame Betancourt, lejos de ese escenario en el que ella quedaba en evidencia, no los dos adúlteros pillados en falta, sino ella, la supuesta víctima, ella en una ridícula posición vulnerable y desprovista. En este pequeño hotel hubiera estado a resguardo, protegida de su propia vergüenza.

El bar estaba desierto. Pidió un whisky con soda. Cuando el camarero le preguntó que whisky prefería, sólo pudo hacer un gesto con la mano. Luego se lo bebió de un trago, pagó y siguió adelante. Hacia el escenario de la tragedia.

Había estado muchas veces en la Konzerthaus de Viena, aunque nunca había llegado a tocar aquí. Ricardo y ella habían asistido, hace tiempo, a un espectacular concierto de Karajan y luego, muchos años después, Ricardo había actuado como director invitado de la Orquesta Sinfónica. Le recordaba en el camerino, comprobando que el frac no tuviera una sola arruga, tenso, irritable. Y luego saliendo a saludar una y otra vez, arrollador y jovial, con su eterna sonrisa de muchacho que siempre consigue lo que quiere. Y se recordaba a sí misma contagiada de emoción al ver lo que en cierto modo era también obra suya, el éxito y los aplausos interminables, el reconocimiento de tantas tardes infantiles perdidas, de una juventud que había pasado como un soplo y una madurez construida sobre los viajes, la incertidumbre y el desarraigo familiar.

Y ahora otra vez. Entró en la sala directamente, sin detenerse en el vestíbulo y sin pasar por el guardarropa. En esos momentos tan sólo había media docena de personas sentadas en sus asientos. Se dejó guiar hasta su butaca, una localidad que ningún aficionado a la música hubiera adquirido de buen grado para un concierto de piano, sexta fila lateral, a la derecha del escenario, donde no había la más mínima posibilidad de ver las manos de la pianista y donde el sonido llegaría distorsionado. Pero ella no había ido allí para escuchar. Al menos no solamente. Había ido para ver, para observar, para entender. En el fondo había ido a Viena para que ellos supieran que ella sabía. Para que todo saliera a luz y estallase como los sueños

cuando se estrellan contra la luz de la mañana. Para que todo acabase por fin y poder despertar de aquella pesadilla.

Los minutos que faltaban para que comenzase el concierto se le hicieron interminables. En el programa había una breve biografía de Akiko Onishi. Y una foto. Tenía un rostro aplastado e inexpresivo, como una máscara de porcelana. Ella, joven, enigmática, con un aspecto moderno y atrevido. Había nacido en Tokio pero vivía en Nueva York, la ciudad en la que últimamente Ricardo pasaba más tiempo que en casa. Pero lo peor no era eso, lo más insultante era la elección de las obras que iban a interpretar, sobre todo en la primera parte. Eso era lo que más le dolía, lo que todavía no conseguía entender. ¿Por qué había hecho Ricardo esto? ¿Por qué Ravel, la Sonata que Adam Fertig y ella habían tocado juntos en Ámsterdam hace más de veinte años, en un concierto que hizo estremecer a todo el mundo y que desembocó en una noche pasional en la que un Ricardo secretamente resentido la dejó embarazada? Y no sólo Ravel, de esa noche y de ese concierto antiguo emergían también las cuatro Piezas Románticas de Dvorák, completando así de un modo grotesco y despiadado la usurpación de un repertorio que Irene consideraba suyo y que ahora su marido decidía interpretar con otra mujer.

Intenta aplacar el dolor que le ocupa todo el pecho. Respira agitadamente, mientras baja la cabeza y trata de leer el programa de mano. Siente tanta vergüenza que no sabe si podrá llegar a la segunda parte, cuando esa mujer toque en solitario los *Cuadros de una Exposición*, la suite para piano de Mussorgsky, con la que ni siquiera tendrá que esforzarse para convencer a un auditorio invisible, los que no están allí, los agentes y los gestores de las grandes salas, los directores de festivales, toda esa gente que no tardará en aceptarla puesto que ahora ya es evidente, Ricardo Betancourt es su valedor.

Y de pronto salen los dos, Akiko Onishi primero, él un segundo después. Ella lleva un sencillo vestido negro, de impecable corte, y un ancho brazalete de hilos de plata sujeto en lo

alto del brazo. Sólo eso. El pelo, liso y de un intenso tono azabache, luce un corte dispar, con ese sofisticado aire minimalista que a Irene le recuerda el inconfundible estilo de Nueva York. Ricardo no lleva frac, sino un traje de corte también exageradamente moderno y una camisa de seda negra sin cuello. Y empiezan a tocar. Primero Ravel, la Sonata para Violín y Piano de 1927, una obra que cede el protagonismo a los dos instrumentos por igual, individualizándolos hasta el extremo de resultar salomónico. Irene sabe por qué Ricardo la ha elegido, por qué es la primera pieza del concierto. Quiere dejar claro que ella es un ser autónomo, cuenta con su apoyo pero tiene su propia personalidad, su propio talento.

No toca mal. Irene tiene que reconocerlo. Ocho minutos y medio del primer movimiento son suficientes para saber que tiene buena técnica, pero que le falta pasión. Entra a tiempo sobre el violín, bajo él realmente, se cobija bajo la melodía que Ricardo dirige con maestría y luego, cuando llega su turno, se suelta en un alarde de precisión demasiado frío, como si fuera una buena afinadora y no una artista. A veces su precisión resulta un poco extenuante. Le saca al piano el sonido preciso, el timbre justo y la melodía es más que adecuada. Pero no consigue esa chispa de genialidad que tienen los grandes. Hay un momento, en el segundo movimiento, en el que el piano debe sonar como una guitarra, un blues rasgado, recuerda que, en Ámsterdam, Adam tocaba esta parte como si sus dedos pellizcaran las cuerdas en lugar de golpear el teclado. Akiko Onishi lo ejecuta correctamente. Incluso con cierta pericia. Pero cuando entra el violín, gimiendo como un saxo en un garito de Nueva Orleans, ella desaparece. Y Ricardo se crece como lo que es, el auténtico monarca de aquel reino invisible. Y la devora. Irene sabe que no puede evitarlo, para él esto es un juego de niños.

Está sufriendo. Los celos le crean tanto dolor que casi se siente anestesiada cuando el primer movimiento de Dvorák suena, y luego el segundo, Ricardo toca de una forma genial y ausente, se diría incluso que ignora al público, sólo la mira a ella, y esa mujer se crece en su

banqueta tapizada y adelanta el cuerpo buscando desesperadamente a ese violín que la lleva, y la arrastra, hasta el *allegro apasionato*, por fin los dos, ellos debatiéndose en un cruce de miradas que sobrepasa el entendimiento musical, Irene sabe que están compartiendo algo más que notas, se están entregando el uno al otro. Siente que toda la sala lo sabe también, todas aquellas personas que la rodean se dan cuenta de que ella es la esposa traicionada y que su marido está perdidamente enamorado de esa pianista japonesa que puede doblegarse a él y no competir secretamente como les ha pasado desde el comienzo de los tiempos a Irene y Ricardo. Eso es lo que piensa. Que la japonesa ha sabido entender mejor su papel. Que ella se rindió demasiado tarde. Que en algún momento de sus vidas, cuando eran demasiado jóvenes, su gran error fue ser superior a Ricardo.

Aplausos. El intermedio la saca de su estupor, la distrae del daño profundo que el concierto le ha causado. ¿Qué hará ahora? ¿Se levantará y saldrá al vestíbulo a tomar una copa de champán? ¿Se integrará en uno de esos grupos que comentan las habilidades de la pianista y que susurran en un aparte, es la amante, Betancourt la está promocionando? Puede hacerlo. Todavía puede hacerlo. Siempre es mejor que quedarse en su asiento, sola en la sala, visible para quien quiera observarla. Coge su copa y pasea entre la gente escuchando los comentarios que son menos incisivos de lo que esperaba, oye alabanzas de Ricardo, anodinos comentarios sobre ella, un hombre dice en inglés “los japoneses son muy eficaces pero les falta cierto tipo de cultura”, Irene se pregunta qué quiere decir, está tan furiosa que desearía encararse con aquel hombre y soltarle a la cara que no está de acuerdo con la afirmación, y eso que ella es la esposa traicionada, la única de esa sala que puede odiarla, pero están en Viena, en la Konzerthaus, la sede de una supremacía europea que todavía cabalga a lomos de un aquejado espíritu caduco de valeses y polkas, y se pregunta por qué Ricardo la ha traído aquí, qué quiere demostrar, a quién desafía. Viena no es sitio para esa mujer. Por un instante siente una extraña compasión por ella.

Alguien la ha cogido por el brazo. Se vuelve sobresaltada.

-¡Irene! ¿Pero qué haces aquí?

Hay algo en el tono de Fanny Zóbel que suena demasiado complejo. O al menos se lo parece. Una especie de piedad y exigencia al mismo tiempo. Seguramente irritación porque les haya descubierto.

Fanny es la asistente de su marido, una filipina tenaz que mantiene el mundo a raya para que nadie pueda traspasar la frontera que ella traza cada mañana en torno a su señor. Ricardo depende de ella en cuerpo y alma.

La está mirando con sus ojos rasgados y su rostro amarillento contraído en un tenso rictus.

-¿Sabe Ricardo que has venido?

Irene niega con la cabeza. Por un segundo se siente avergonzada, como si fuera culpable de algo que resulta injusto y desproporcionado.

Se miran directamente a los ojos. Cada una intenta saber lo que piensa la otra. Irene es la primera en descubrirse. Intenta mostrarse serena, pero está tan alterada que siente que va a echarse a llorar.

-¿Y tú? –dice-. ¿Desde cuándo eres cómplice de todo esto?

Fanny no responde. Ha entornado los ojos en un involuntario acto de contrición. Irene aprovecha el instante para soltarse de esa mano que la sujeta ahora ya con una intensidad desmayada. El timbre ha sonado tres veces y el vestíbulo se está quedando vacío. Sin añadir una sola palabra se aleja hacia su asiento. Podría irse al hotel, a la calle, meterse en un bar y emborracharse hasta perder el sentido, podría ir a los camerinos con Fanny y llorar durante horas ante su marido, pero no quiere hacer nada de esto, sólo quiere verla a ella, su rival, observarla mientras ninguna de las dos puede moverse de su sitio, ni hablar, ni gritar, ni perder la compostura, quiere estar allí, fríamente, mirándola.

Cuando la ve salir sola al escenario, sentarse ante el piano, acercarse ligeramente al taburete, en el silencio expectante de esa enorme sala, concentrarse sin atreverse todavía a tocar, siente con ella su desamparo, su repentina orfandad. Sabe lo que es ese instante. Lo ha vivido cientos de veces ella misma con el arco todavía suspendido sobre las cuerdas del violín, sabe cómo revolotean las mariposas en el estómago, el pánico repentino de quedarse en blanco y no poder tocar una sola nota, ella sabe muy bien lo que significa salir a enfrentarse con un público que te juzgará y te condenará irremediabilmente en el primer error que cometes.

La compasión. ¿De dónde viene este oscuro sentimiento? ¿Por qué no puede odiarla abiertamente? ¿Por qué siente esa especie de lástima secreta por esa mujer que la está expulsando de su propia vida?

Y de pronto ya está sonando Mussorgsky. *La Promenade*. Una de las melodías más famosas de la historia. Irene la escucha con un interés insano y reconoce que la japonesa ejecuta correctamente los cambios continuos de compás, controla la sutil inestabilidad que tiene la obra, ahora tiene que admitirlo, el hombre del vestíbulo tenía razón, es sumamente eficaz, pero carece de solemnidad. Esa es la cuestión. A cambio posee algo que Irene no tendrá nunca. No sabe lo que es, pero el cuerpo palpitante de esa mujer le turba como si hubiera entre ellas algún vínculo sexual. Irene no ve sus manos, desde donde está no puede verlas, pero imagina su mano derecha sobre el teclado y la izquierda ligeramente levantada, ve el brazalete de plata oprimiendo un brazo fibroso y joven, un brazo que por las noches recorre la cintura de su marido, ve su escaso y firme pecho temblando con los acordes sostenidos, *senza allegrezza*, como Mussorgsky quería, porque su rostro no revela ninguna alegría, más bien una concentración voraz y ambiciosa, y entonces se da cuenta, eso es lo que la diferencia, ella llegará donde se proponga porque dentro de su mente hay un pequeño motor japonés que la impulsa hacia delante y, en cambio, Irene es esclava de una tradición

que ha conocido demasiados siglos de genialidad para molestarse en vencer la resistencia de algo parecido a la pereza.

No lo es. Sabe que no es pereza. Pero secretamente se reprocha a sí misma haber dejado aparcada su brillante carrera como violinista para... ¿Para qué? El resentimiento habla por ella: para que Ricardo pudiera triunfar. Eso es lo que ahora mismo cree, lo que se ha estado negando durante años. Los dos no podían. Y ella era menos ambiciosa, tenía menos deseo, quizá el mismo talento, incluso más, pero le faltaba tener agujas en la sangre, le faltaba el narcisismo inquebrantable de su marido. Por eso fue ella la que lo dejó, poco a poco, renunciando ahora a una actuación, luego a un contrato estable, y al final a una carrera por la que todos se habían sacrificado tanto.

Se avergüenza de sí misma. Y ahora está ahí, con su pesada ofrenda de resquemor, mientras la mujer que la sustituye, madame Betancourt para el recepcionista del Ambassador, vive su momento de gloria.

La música. Por un instante se deja capturar por las notas que salen del piano y recuerda que Mussorgsky compuso esta obra como homenaje a su amigo, el pintor Víktor Hartmann. La suite se inspira en una exposición póstuma de los cuadros de Hartmann. Irene ha visto algunos de esos cuadros una vez. Son acuarelas, bocetos infantiles de polluelos danzando, dibujos arquitectónicos de obras que nunca se construirán. Recuerda uno de esos dibujos, oscuro, enigmático, Hartmann recorriendo las catacumbas junto a dos figuras con sombrero de copa, los tres apenas iluminados por la luz de una linterna, y una frase que en esos momentos la llena de un singular desconsuelo: *cum mortuis in lingua mortua*. Con los muertos en la lengua de los muertos. ¿Es así cómo se siente ella? Está aquí, en esta sala de Viena, viendo a la mujer que duerme con su marido, una más entre el público que debería aplaudir calurosamente cuando el concierto acabe, y siente que no está viva, que esto no pertenece a su vida, es como un viaje a los infiernos, un viaje mal iluminado, donde hay cosas y aspectos

que no se pueden apreciar a simple vista, hay una humedad fría y desolada, un murmullo como de agua subterránea que inexplicablemente sale de la caja de un piano.

Ya está. El *ostinato* final. *La gran puerta de Kiev*. Los pesados acordes de *la Promenade*, llegan a su nivel máximo de tensión. Ahora vendrán los aplausos.

Ricardo ya sabe que ella está en la sala. Fanny se lo habrá contado. Ahora la cuestión es saber cómo reaccionará. ¿Vendrá a buscarla? ¿Intentará suplicar un perdón que los dos saben que no es más que un aplazamiento? ¿Fingirá que no ocurre nada?

Akiko Onishi ha salido dos veces a saludar. Los aplausos amenazan con ser demasiado tibios, así que demostrando un conocimiento inteligente de la escena, en la tercera aparición sale acompañada de Ricardo. Como era de esperar los aplausos crecen con una intensidad ofensiva. Ricardo saluda una y otra vez. Sonríe. Pero su rostro muestra una pequeña preocupación. Recorre la platea agradeciendo el calor del público con ligeros movimientos de cabeza. La está buscando. Entonces Irene se pone de pie y él la ve. Se miran durante unos segundos y, antes de que comience el bis, Irene sale de la sala.

Cuando atraviesa el vestíbulo oye el primer movimiento de la *Sonata para Violín y Piano, K. 526*, de Mozart. Irene sonríe. La elección le hace tanta gracia que está a punto de soltar una carcajada. El Mozart más vienés, más popular, el más turístico, tanto como la tarta Sächer, el Schönbrunn o las pinturas de Gustav Klimt. Ahora los plausos serán más entusiastas. Akiko Onishi ya tiene garantizado su triunfo en Viena.

Esa noche no durmió en el Ambassador. Paseó durante un par de horas por la ciudad desierta y, cuando los zapatos amenazaron con derribarla al suelo, se encaminó inconscientemente al pequeño hotel en el que había tomado una copa antes del concierto. Pidió una habitación en el último piso y durmió profundamente durante diez horas. Por la mañana consiguió que un botones fuera al Ambassador a retirar su equipaje y ya no vio a Ricardo hasta el día en que tuvieron que firmar el divorcio, siete meses después. No

volvieron a hablar. No hubo una explicación, ni una disculpa, ni siquiera una sucia pelea por la casa o por la custodia de Candela. Simplemente se apartaron el uno del otro y dejaron que el camino entre los dos lo ensancharan los abogados. Eso fue todo.